

País de dragones

Daína Chaviano

Ilustraciones
Henry González

 Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/co

En el inicio

de los tiempos, los dragones vivían
dispersos por el mundo.

Hubiera sido imposible
reunirlos en un mismo lugar,
pues su número debía
contarse por millares.

No era como ahora,
cuando quedan tan
pocos que apenas
se dejan ver.

Estas son
leyendas del
tiempo en
que los seres
humanos y los
dragones
vivían

juntos.

En aquella
época, las
fronteras

que hoy
separan las
naciones no

existían.

El mundo

era un
inmenso

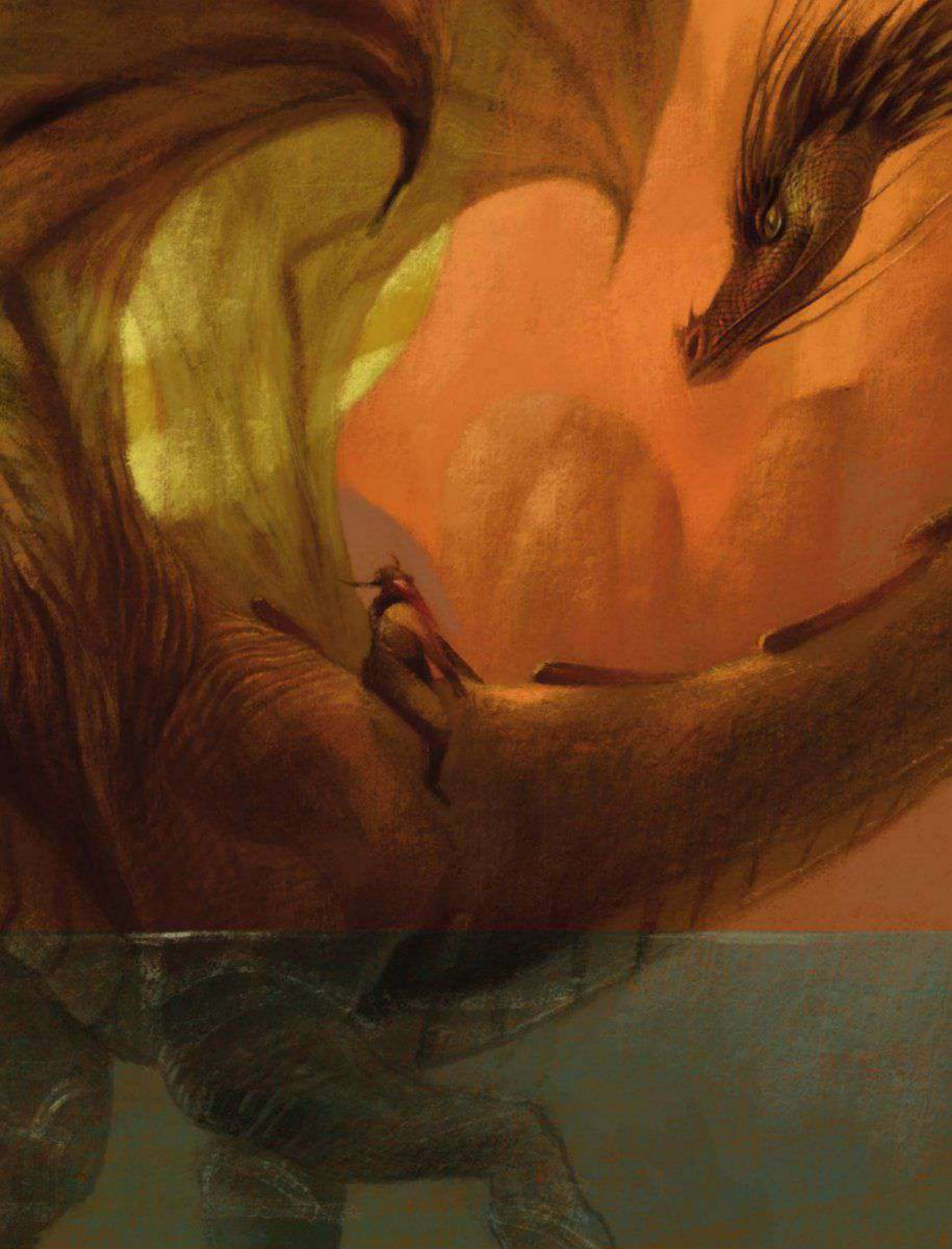
país

de

dragones.

Tocata y fuga para una dragona





Hubo un tiempo en que los dragones vivían cerca de los hombres cuando la montaña Draco no había sido descubierta y los dragones aún no tenían una morada propia ni un reino sobre la Tierra.

En aquella época, detrás de una cascada, se ocultaba la gruta de una dragona roja que vivía en la más absoluta soledad. Aunque otros de su misma especie la habrían hallado hermosa, la dragona sabía que su presencia bastaba para aterrar a cualquier humano. Su cuerpo estaba cubierto de placas, semejantes a escamas. Sus garras podían detener los ataques más furiosos, y su larga cola le hubiera servido de látigo en caso de lucha. Pero ella era una dragona pacífica, incapaz de hacer daño a otro ser vivo. Existía para admirar la naturaleza y ser admirada por esta: pájaros, fieras y otros animales quedaban sobrecogidos ante su presencia, en las raras ocasiones en que se exponía a la luz.

Una tarde de otoño, mientras las aguas se cubrían de hojas amarillentas, la dragona escuchó la melodía de un trovador que se acercaba. Oír su voz y quedar en extático arrobamiento fue lo mismo.

El trovador se detuvo junto a la orilla y durante dos horas cantó para sí mismo, para el aire que pronto sería invierno, y para los árboles que la brisa desnudaba. La dragona escuchó desde el fondo de la cueva. Sus ojos resplandecían de deseo en las tinieblas. Lo hubiera dado todo por vislumbrar el rostro de aquella criatura mortal, cuya figura adivinaba

más allá del manto líquido que cubría la boca de su morada. Pero no se atrevió a salir; más que nada, porque temía asustar al cantor y alejarlo.

Cayó la noche. El trovador encendió una hoguera y cocinó algo que llevaba en su morral; bebió un poco de agua y se acostó a dormir, no sin antes haber alimentado las llamas con leños secos.

La dragona aguardó hasta que la oscuridad se hizo más espesa. Cuando adquirió el aspecto de una gasa, supo que había llegado la medianoche y salió de su escondite. Con sigilo se acercó al durmiente. Era muy bello, casi un adolescente. A la luz de la hoguera, los rizos que cubrían sus hombros parecían hilos de miel. Ella se aproximó para verlo mejor. El aliento del joven dormido se mezcló con el de la dragona. Ella aspiró el perfume de su mejilla. Un violento olor a naturaleza se desprendía de él; un olor a cervatillo y a cachorro de gato, a pimienta y yerbabuena, a cerezas y aceitunas.

Se acostó a su lado con un leve crujido de hojas aplastadas, y permaneció el resto de la noche y la madrugada velando su sueño, hasta que ella misma se quedó dormida.

Cuando despertó, los restos de la hoguera apagada todavía humeaban bajo el azote de la ventisca. No había nadie por los alrededores. Junto a ella, habían depositado frutas y flores silvestres... La dragona comió las frutas, paladeando las golosinas que habían pasado por manos amorosas; luego tomó las flores y se las llevó a su cueva.

Unos días después, comenzó a sentir una rara laxitud: sus gestos se volvieron lentos y su andar pesado; tenía pensamientos raros y deseaba cosas imposibles... La dragona iba a tener un hijo, pero solo lo supo la mañana en que depositó un huevo cálido y ovalado junto a la cabecera de su nido.

La primera en asombrarse fue la propia madre. ¿De dónde provenía aquello, si jamás había dado su palabra de amor a nadie? Observó el huevo cristalino que brillaba como un diamante. Algo se movía en su interior, pero la transparencia de la superficie no era suficiente para permitir una visión clara.

Muchos días, muchas noches, incubó su huevo. Al cabo de cierto tiempo, el crujido del cascarón avisó el nacimiento de un dragoncito rojo, cuyas alas sacudieron débilmente el aire húmedo de la cueva.

La madre contempló arrobada a su pequeño, aún sin explicarse el milagro de su aparición. Ella desconocía entonces que si un ser humano y un dragón se acercan, hasta el punto de beber el aire que ambos respiran, puede producirse una especie de prodigio. La dragona ignoraba todo aquello. Pero empezó a sospecharlo el mismo día en que su hijo abrió las fauces, sacudió los rizos de miel que caían en hilos sobre sus hombros, y entonó un canto de amor que ella no había vuelto a oír desde cierta tarde lejana, al pie de la cascada.